



sábado 4 de octubre de 2003

Opinión - Colaboraciones

Ahora soy sueco

Por FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS, de la Real Academia Española

EN octubre del 2000 publicaba yo en este periódico un artículo que se titulaba «Yo soy danés». Era con motivo del «no» de los daneses, en referéndum, a sumarse a la Europa comunitaria. Aludía al famoso «Ich binein Berliner» de Kennedy.

Pues ahora los suecos han dicho, igualmente, «no», al euro y yo me apunto a los suecos. Esta vez no se han hecho el ídem, sino que han dicho claramente «no».

Los admiro por su decisión a la contra de todas las propagandas. Y los admiro, sobre todo, por haber llevado el tema a una votación libre. Aquí nos lo escamotearon, nos colaron el euro por debajo de la mesa sin consulta pública ninguna. Si la hubiera habido, ¿cuántos españoles creen mis lectores que habrían votado a favor de esas horribles monedillas cuyo valor ni siquiera se distingue? El euro lo ha encarecido todo, lo que valía cien pesetas ahora vale un euro, esto es, ciento sesenta y seis. Ya hay protestas populares acá y allá, dice la televisión.

Sin duda que la adhesión tendrá ventajas en la macroeconomía, no me atrevería a negarlo sin ser especialista. Pero, ¿por qué los especialistas no nos han explicado esas ventajas? Y hablo de las que lo son para todos, no las de los ventajistas que, para obtener unos euros, arrancan olivares o viñas que a lo mejor no existen. Ni las de la nueva y poderosa burocracia.

Todo ha quedado, para el gran público, en un punto de honor: ya somos igual que los demás, ya somos europeos (vaya por Dios, lo hemos sido siempre). Y no tenemos que cambiar las pesetas ni llevar pasaporte (pero lo piden cada poco). Tampoco creo que sea tanta ventaja.

Los inconvenientes los vemos todos: además del antipático eurito, restricciones a nuestra pesca y nuestros más tradicionales productos. Y nuevos poderosos que disminuyen el poder de los gobiernos. Reducido por abajo, por las autonomías, Europa se lo quita por arriba. El Gobierno vasco acude a Estrasburgo contra el Gobierno español, del cual se rechifla cada poco. Grotesco. Si yo fuera más europeísta de lo que soy, propondría que el Gobierno español acudiera a Estrasburgo contra el Gobierno vasco. Así, me contentaría con proponer que hiciera un referéndum sobre lo que la gente piensa del tal Gobierno, pero en España.

Ya no se puede hacer nada sin contar con Europa. La Generalitat, que intenta saltarse la Ley de Calidad, ¿va a ir a Europa a por menos Calidad? A las Universidades les prepara Europa unas homologaciones a expensas de su Calidad. Y muchos se dedican a mendigar de las instituciones europeas,

proponiendo programas que a veces son puro camelo. Tiene muchos golosos Europa. Hay quienes le sacan cosas, también nuestro país, me alegro. Y a quienes no se les cae «Bruselas» de la boca.

A mí, la verdad, para el «Diccionario griego -español», que dirijo, nunca se me ha ocurrido acudir a Europa arropándonos con alguna adhesión internacional siempre negociable. Prefiero la independencia, aunque tenga su precio.

En fin: la Comunidad Europea se basa en el estado-nación, pero en definitiva lo corroe, como he dicho, por arriba y por abajo. Lo aplasta.

Entiéndanme, todos somos europeos y todos estamos a favor de Europa: nos pasamos la vida viajando por ella, leyendo sus libros, estudiando sus lenguas, amándola y criticándola. Conocemos su historia y origen, que está, lo digan o no, en los griegos, los romanos y los cristianos. Sin todos ellos, ni los romanos decadentes ni los bárbaros habrían podido ni medio civilizarse. Pero parece que todo esto no interesa mucho. Por otra parte, también España ha contribuido, y bastante, a Europa: defendió a todo el Occidente y lo embarcó hacia América.

Pero una cosa es Europa, la Europa de la cultura y de mil cosas comunes, a la que pertenecemos, y otra un nuevo y dominante tinglado político, burocrático y económico. Un tinglado que de la cultura tiene muy poco que decir: ya he contado en varias ocasiones que la Comisión Europea se ha negado a hacer nada por la cultura clásica. Mientras la India y los árabes apoyan sus culturas tradicionales.

A mí me da miedo la nueva Constitución. Una cortapisa más, un centro más de poder que lo condiciona todo. Somos los súbditos del Ayuntamiento, de la Autonomía, del Estado, de Europa cada vez más. Demasiados señores.

La Europa política nació para reconciliar a Francia y Alemania tras sus setenta y cinco años de guerras. Horribles, pero creo que estaban de todos modos definitivamente acabados. Y para conciliar los intereses sobre el acero y el carbón. Todo encomiable, pero quizá todo solucionable sin crear una nueva cuasi-nación. Una especie de anti-América muy americanizada.

Creo en la Europa cultural mucho más que en la política. Es una cuasi-nación que funciona, parece, en lo económico, no en lo cultural (y casi que me alegro, temería más tecnocracia, más antihumanismo). Temo lo que vaya a hacer en lo jurídico. En lo diplomático y militar ha hecho más bien el ridículo: trata de ser una especie de aliado / adversario de los Estados Unidos: sin poder ni unidad, mucha timidez y un poco de envidia. Echar capotes a Arafat y cosas así es su principal política.

Valdría mucho más que apoyara de verdad a Estados Unidos, cuyas guerras en Afganistán e Irak y su actuación en otros lugares no hacen sino continuar lo que Europa hacía en tiempos. Por ejemplo, por no ir más atrás, contra los piratas berberiscos que asolaban nuestras costas, cautivaban poblaciones enteras y pedían luego el rescate. Eran terroristas, ¿no? Por eso admiro el valor del señor Bush, por muchos errores que cometa, a veces. Bien se los recuerdan. Pero nos defiende a todos, hasta a los que le critican.

En fin, creo que, para constituirse en nación, Europa ha llegado demasiado tarde. Como ciertas autonomías han llegado demasiado tarde para constituirse, a su vez, en naciones. España lo es desde hace 500 años y ya ven sus problemas. ¡Y ahora quiere Europa crear un estado artificial! La historia es la historia y las cosas son como son. Creo que lo que de bueno tiene la idea podría conseguirse mediante acuerdos particulares y no imponiendo cosas como esa del euro. Con menos ambición y más consulta democrática.

Porque, por supuesto, mejor es la unificación de Europa mediante pactos y tratados que la que, a lo largo de la historia, han intentado imperios y conquistadores por la fuerza. El problema es el de fijar los límites de esa unión, aquello a lo que puede llegar y a lo que no debe llegar. Pienso que constituir una nación, por puros acuerdos de conveniencia, entre naciones ya hechas, con muchos cientos de años algunas de ellas, es irrealista. Yo, al menos, no conozco ningún ejemplo comparable en que una elucubración mental se haya convertido en un hecho político, en un estado protector / opresor.

Los suecos son la nueva ola de los que lo ven así. Se reconocen limitados, pero prefieren esto a las utopías. Y han tenido la honestidad de ponerlo a votación. Y han perdido los del «sí»: solo las grandes empresas protestan. Los demás deberían hacer como ellos. Y salvar lo salvable del acuerdo europeo. Porque una nación de naciones, arrogante y endeble a la vez, no creo que llegue muy lejos. Ni que nos encontremos a gusto en ella ni que nos inspire confianza ni que sea una patria. Como lo son nuestras naciones. Naciones, por cierto, europeas.